

TABASQUEÑA DE NACIMIENTO.
POETA, MAESTRA Y ESCRITORA POR VOCACIÓN:
DOLORES CORREA ZAPATA (1853-1924)

Lucrecia Infante Vargas
Universidad Nacional Autónoma de México

Aquel 23 de febrero de 1853, el framboyán y los tulipanes del Sureste mexicano dieron la bienvenida a una nueva flor. Los ancestrales árboles de hule, caoba y cedro que reverdecían cada año bajo el rumor del vigoroso río Teapa, en Tabasco, fueron testigos del llanto que anunció el nacimiento de Dolores, única mujer en la descendencia procreada por el yucateco Juan Correa y la tabasqueña María de Jesús Zapata.

A la sombra de guayabos, plátanos, mangos, y al lado de sus tres hermanos varones: Alberto, Armando y José, Lola, o Lolita —como la llamaba su familia— aprendió a pronunciar sus primeras palabras con el arribo de la lluvia, las cosechas y el húmedo calor de la canícula; pero no habría de ser en ese terruño natal donde nacería su pasión por las letras. Los conflictos desatados en México hacia 1858 entre conservadores y liberales, bando este último al que pertenecía don Juan Correa, provocaron el exilio de éste a la isla de Cuba y el traslado del resto de la familia a Mérida. En esta ciudad —famosa por su muy antiguo Seminario Conciliar de San Ildefonso, y los muchos personajes ilustres formados en sus aulas— doña María de Jesús y sus cuatro vástagos vivirían durante casi diez años al amparo de sus parientes políticos, los Correa Zavala.

No cabe duda que estos años fueron cruciales en la educación de Lolita, quien todas las mañanas, bajo la supervisión de maestras particulares, recibía lecciones de gramática castellana, escritura, lectura,

aritmética, geografía, dibujo e idiomas (francés e inglés). Pasado el medio-día, y tras la siesta acostumbrada al término de la comida —aprovechada por los infantes para corretear lejos de la vigilancia materna— Dolores era instruida por su madre y tías en el manejo de la aguja, el hilo y las tijeras, la ejecución al piano y la elaboración de obligadas recetas culinarias. Por la tarde, concluida la lectura familiar de textos sobre religión cristiana, los niños se alistaban para ir a la cama y los adultos solían dedicarse entonces a la conversación y lectura de los diarios.

Pero hubo otro aprendizaje cotidiano e informal que marcaría la vida de Dolores, la convivencia con sus inquietas y extravagantes primas: Gertrudis Tenorio Zavala y Cristina Farfán. Nietas del famoso escritor y político Lorenzo de Zavala, de quien también Lola era sobrina y nieta, fueron para Lolita algo más que una compañía filial, encarnaron a las heroínas de una historia no imaginada por ella hasta entonces, y se convirtieron en un modelo a imitar.¹

Ambas jóvenes afirmarían en su pequeña prima —siete años menor— el gusto por la poesía y el deleite intelectual. A su lado, Lolita compartió la avidez y el entusiasmo por cada nuevo libro que arribaba a sus manos, ya fuera un clásico de la literatura española o griega, o bien alguna novedad recién llegada a la península y que lo mismo tratara sobre la historia de la pólvora, la Francia revolucionaria o la poesía de la Avellaneda. Asimismo fue cómplice de las interminables discusiones en que, al lado de sus amigas preferidas, afectas también a la poesía y las letras, Cristina y Gertrudis planeaban cómo sería aquella escuela que algún día estrenarían para que las mujeres saciaran sus ansias de saber. Su mirada infantil tampoco olvidaría el significado de aquellos largos y silenciosos días en los que, mientras ella y Alberto —su hermano menor— jugaban a la escuelita,

¹ Gertrudis Tenorio Zavala, Cristina Farfán y su cercana amiga Rita Cetina, nacieron en Mérida en 1846 y se convirtieron en poetisas de renombre nacional. Hacia 1870 fundaron una de las primeras publicaciones dirigidas por mujeres en México, *La Siempreviva*, con el mismo nombre fundaron también una sociedad femenina y una escuela para mujeres.

las primas buscaban afanosas el ritmo y las palabras precisas para la confección del poema en turno.

Así, entre días calurosos, libros, rezos, bordados y tormentas tropicales, en un abrir y cerrar de ojos, Dolores dejó atrás los juegos infantiles para convertirse en una espigada jovencita cuya negra y larga cabellera revoloteaba por doquier. Llegó también la celebración de su vigésimo quinto cumpleaños, y con él, el momento de regresar a la casa paterna.

Hacia 1868, derrotado el frustrado Imperio de Maximiliano de Habsburgo, la familia Correa Zapata retornó a Teapa. Lola y sus hermanos ingresaron entonces a las aulas de la escuela pública del pueblo, pero no pasó mucho tiempo para que sus padres decidieron mudarse nuevamente, esta vez a la capital del estado, San Juan Bautista (antiguo nombre de la hoy Villahermosa), con la intención de que sus hijos ingresaran a la escuela más prestigiada de aquella ciudad: el Instituto Superior de San Juan Bautista, fundado en 1857. Fue en sus aulas que la vocación magisterial de Dolores echó los primeros cimientos.

Aun cuando en aquellos momentos sólo la ciudad de México contaba con la única institución educativa del país autorizada para la formación de maestras de primeras letras, la Escuela Nacional Secundaria de Niñas (inaugurada en 1869), a lo largo y ancho del país muchas de las jóvenes que lograban ir más allá de la educación elemental se sumaban al creciente ejército de profesores demandados por la realidad nacional y su alto índice de analfabetismo. Tal fue el caso de Dolores quien hacia 1875, recién cumplidos los veintidós años, inició una aventura que continuaría por el resto de sus días.

Con nada más que una maleta repleta de entusiasmo, sueños, juventud y una gran fe en los poderes transformadores de la educación, la joven profesora se dedicó durante toda la década siguiente a impartir clases en diversas escuelas primarias de Tabasco. La fuerza y creatividad con que asumió su tarea tuvo una de sus expresiones en la materialización de un viejo sueño: crear una escuela para niñas. Con el apoyo de su

madre, Dolores abrió las puertas del Colegio María, en cuya inauguración fue leído el poema *Himno infantil*, escrito por la también entonces joven poeta.

Niñas, niñas, seguid adelante
Del progreso la senda seguid,
No dejéis desmayar un instante
De vuestra alma el amor juvenil,
Que el amor al trabajo os dirija
Por la senda preciosa del bien
Y escribid en el lema que os rija:
Dios, familia, conciencia, deber.²

Y es que, además de su vocación por la enseñanza, también el espíritu poético de Lola se había afirmado durante aquellos años. Hacia 1879 debutó como poeta en las páginas del periódico literario *El Recreo del Hogar*, dirigido ni más ni menos que por su prima Cristina, para entonces casada con quien fuera su preceptor infantil, el dramaturgo yucateco José García Montero.

Nadie hubiera pensado que aquella mujer de ojos grandes y pequeña estatura, dedicada en cuerpo y alma a sus alumnas y sus poemas, hubiera tenido tiempo para confeccionar nuevos planes y sueños. Los hechos afirmarían lo contrario. Lejos de atender a las preocupaciones familiares sobre su incierto futuro sentimental (pasaba de los treinta años y no se le veían deseos de contraer matrimonio), Dolores tomó una decisión que cambiaría el curso de su vida: viajar a la capital del país para acreditarse oficialmente como profesora de instrucción primaria. Aunque nunca lo confesara, quizá aquella decisión albergaba también un deseo profundo por conocer otros mundos, por embriagarse de aquel aire de civilización y cultura que se decía emanaba de la famosa ciudad de México y, por qué no, también por la nostalgia de encontrarse otra vez con Alberto, su inseparable compañero de infancia y quien residía en la capital del país desde hacía varios años.

² Dolores Correa Zapata, *Mis Liras, poesías*, La Prensa Nacional, México, 1914, p. 19.

Así, en la primavera de 1884, el embarcadero de Puerto Ceiba la vio partir con el corazón palpitante y presa de aquella mezcla de temor y gozo que provoca la aventura hacia lo desconocido. Sola, y por vez primera lejos de la protección familiar, es probable que ese primer tramo del viaje por la costa del Golfo hacia Coatzacoalcos, Veracruz, trajera a su memoria el éxodo familiar a Mérida; y es seguro también que nada de lo estudiado sobre la geografía nacional podía haberla preparado suficiente para el recorrido por ferrocarril que hizo desde Tlacotalpan hasta la capital del país. Quizá sólo los grandes volcanes del antiguo valle de Anáhuac pudieron competir después con su asombro ante la majestuosidad del Cofre de Perote, el colorido sin fin de Fortín de las Flores, o la inmensa y verde planicie de los llanos de Apan en Hidalgo, entonces corazón de la industria pulquera.

Alberto la recibió en la vieja estación de San Lázaro y su abrazo compensó con creces el cansancio del ajetreado y excitante viaje. A pesar del asombro que en ella produjo descubrir las mil y un novedades de la ciudad de México, de inmediato se dedicó a cumplir el propósito central que la había llevado tan lejos de su querido Tabasco: probar ante la máxima autoridad educativa del país que sus credenciales como maestra no sólo eran fruto de la valiosa experiencia, sino también de una estricta adquisición de conocimientos.

A lo largo de las siguientes semanas Dolores se preparó incansablemente hasta que la esperada fecha llegó. Durante más de dos horas, la aspirante respondió a las preguntas que sobre geografía, cosmografía, aritmética y sistema métrico decimal, español y pedagogía le formularon los miembros de su jurado examinador, compuesto por los profesores Matilde Puerto, Carmen Martínez, Manuel Cervantes Imaz, Antonio García Cubas y Francisco Echegaray. Aprobada por unanimidad, la Escuela Nacional Secundaria de Niñas —conocida también como La Encarnación—

otorgó a Dolores el anhelado título de profesora de instrucción primaria el día 23 de junio de 1884.³

No es difícil imaginar el orgullo y la felicidad que ello produjo en aquella provinciana, casi autodidacta, cuya inteligencia y talento comenzarían así a ser reconocidos desde entonces. Es un hecho también que su logro no fue motivo de alegría sólo para ella. Alberto, su entrañable hermano y compañero de vida e ideales, le dedicó aquél año las siguientes palabras:

...La luz de tu alma pura, opaca se vería
Si con mi torpe pluma quisiera dibujar,
No quiero sin embargo ignórese tu vida,
que al mundo de modelo le tiene que servir;
Más ya que yo no puedo hacerla conocida
Tú misma con tus versos la debes escribir,
Esparce con este álbum las notas de poesía
Que arranca de tu lira sublime inspiración
En cada pensamiento revelas, Lola mía,
Tu grande inteligencia, tu bello corazón.⁴

Si bien no existen datos precisos sobre la labor docente a que Dolores pudo dedicarse los cinco años siguientes, lo que sí sabemos es que durante los mismos, tuvo una intensa actividad intelectual y literaria. En 1886, sólo dos años después de haber llegado a la capital, la prestigiada imprenta de Eduardo Dublán publicó uno de los poemas por los que después sería ampliamente conocida: *La mujer científica*.⁵

Y es que Lola no había perdido el tiempo, ávida de compartir su acendrado amor por las letras, comenzó a frecuentar las sociedades literarias en boga hasta encontrar un manantial que nutriera su vocación poética. Y vaya que lo encontró. En aquellas reuniones conoció a otras mujeres que además de compartir su gusto por la poesía, se hallaban

³ Acta de examen general extraordinario de Dolores Correa Zapata, Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública, Fondo Antiguo Magisterio, caja 5239, exp. 39, foja 43, citado por Lourdes Alvarado en su tesis doctoral “La educación “superior” femenina en el México del siglo XIX. Demanda social y reto gubernamental”, UNAM, México, 2001, p. 197.

⁴ En Dolores Correa Zapata, *Mis Liras, Poesías*. México, La Prensa Nacional, 1914.

⁵ Dolores Correa Zapata, *La Mujer Científica, poema*, Imprenta de Eduardo Dublán, México, 1886, 30 pp. Publicado también en *Violetas del Anáhuac*, año I, tomo I, no. 30, 1888.

atareadas en la incursión de un mundo todavía ejercido predominantemente por varones: la palabra impresa.

Una de ellas fue Laureana Wright de Kleinhans, miembro honorario de diversos círculos literarios del país y fundadora de una revista en la que muchas plumas femeninas plasmaron su creatividad y generaron una corriente de opinión en defensa de la entonces llamada emancipación de las mujeres. Esta revista llevó por nombre *Violetas del Anáhuac* y apareció semanalmente durante año y medio (1887-1889). En sus páginas, Dolores publicó poesía y diversos ensayos relacionados con la educación femenina, e incluso fue reseñada en la sección de biografías que la revista presentaba como testimonio de la capacidad intelectual femenina, y del importante papel que las mujeres jugaban en la vida social.

La Srita. Correa Zapata, ha hecho del profesorado un verdadero sacerdocio al que consagra todo su tiempo y toda su inteligencia, derramando a raudales las luces de la instrucción. Sus clases orales son verdaderas cátedras filosóficas, racionalistas, moralizadoras y lógicas que alcanzan las alturas de la moderna ilustración. Mientras en la escuela trabaja por adelanto de la niñez con sus lecciones, en la prensa trabaja por el adelanto de la sociedad a fin de que proteja la educación [...]⁶

No cabe duda alguna sobre la importancia que esta experiencia editorial tuvo en la vida de Dolores, quien, a través de sus colaboraciones, se sumó a todas aquellas escritoras cuya voz irrumpió entonces en la discusión que sobre el papel de las mujeres en la vida social tenía enfrascados a literatos, educadores y políticos de la época. La voz de *Violetas* fue de las primeras en contradecir las ideas que impedían el acceso de las mujeres a nuevos campos del conocimiento o el mundo laboral, y que pretendían limitar su destino social al matrimonio y la maternidad. En prosa o verso, estas escritoras plantearon que aun cuando podían ser “físicamente inferiores al hombre”, era imperativo que se hallaran a su

⁶ Laureana Wright, “Dolores Correa Zapata”, en *Violetas del Anáhuac*, año I, tomo I, no. 46, octubre 1888. Se publicó también en *Mujeres Notables Mexicanas*.

misma “altura en conocimientos” para así concretar su papel como guías de la humanidad.⁷

Esto no era una idea nueva para Dolores, quien en su ya mencionado poema *La Mujer científica*, había manifestado su opinión sobre la trascendencia que en la vida de una mujer jugaba el acceso a la educación:

¿Quién ha dicho que al hombre sólo es dado
cruzar la senda de la ciencia vasta
Para regar después en su camino
La luz fulgurante que la ciencia mana?
¿Por qué no tiene la mujer derecho
De abarcar con la luz de su mirada
Los misterios que al sabio se revelan
Y al ignorante la creación le guarda?
No dijo Dios también: yo doy al hombre
Otro ser de su ser, alma de su alma,
De su misma costilla le he formado
compañera le doy y no vasalla⁸

La vehemencia de su convicción no era gratuita. Su historia era un ejemplo palpable de los nuevos horizontes que la educación podía brindar a una mujer, y también de la dificultad para alcanzarlos. Incluso para una niña como ella, en cuya cultura familiar la educación no había sido un privilegio masculino. Seguramente se percataba de que no bastaban el deseo y la voluntad para transformar un entorno social que se resistía a abandonar viejos esquemas, quizá por ello, muchos de sus escritos tenían un dejo de ironía, similar por cierto, al de las “Redondillas” escritas por la famosa Juana Inés de la Cruz: “Dice a la mujer el hombre: / Ve del progreso en la vía; / Mas lo dice en la teoría / Pero en la práctica no...”.⁹ Es probable que ella no lo supiera, pero su decir y hacer formaba parte de una generación de mujeres que, lenta pero decididamente, estaban transformando su lugar en la sociedad.

⁷ Laureana Wright de Kleinhans, “La emancipación de la Mujer”, en *La Mujer Mexicana*, año II , núm. 10, 1905.

⁸ Correa Zapata, Dolores, *La Mujer Científica*.

⁹ *Idem*.

El año de 1889 deparó un cambio más en la vida de Dolores, como si el destino la compensara en su enorme amor por las letras, fue contratada como bibliotecaria de la Escuela Nacional Secundaria de niñas, misma que al año siguiente se transformó en la primera Escuela Normal para profesoras del país. La custodia de dicho recinto le permitió literalmente, vivir rodeada de libros, y participar del primer gran proyecto nacional destinado a la educación formal de la población femenina. Asimismo, pudo contar con un salario propio (alrededor de 40 pesos mensuales) que hizo posible su permanencia en la Ciudad de México y el desarrollo de su otra gran pasión: la poesía.

Así, el hacer de la maestra continuó entretejiéndose al de la poeta. El tesón con que cotidianamente reafirmaba su fe en la educación como una herramienta vital para el crecimiento moral e intelectual de la humanidad —y muy especialmente de las mujeres—, la llevó a ocupar en 1890 la subdirección de la Escuela de Instrucción Primaria, anexa a la Normal para Profesoras, y a componer *Lira Multicolor*, poema leído el primero de febrero de 1890 con motivo de la inauguración de dicha institución. En él, quedó sentada su idea, casi mística, sobre la función civilizadora de la educación y sus “incansables obreros”, en este caso las profesoras de instrucción primaria:

Hay mujeres de espíritu gigante
Y de fuerza potente, soberana
Que esparcen, como el astro rutilante,
Profusa luz a la familia humana
Tal es la profesora que en el templo
Donde el saber con el sentir se hermana
Enseña como Cristo con su ejemplo
Ciencia y amor a la familia humana.
En nombre de esa patria que os admira,
En el del bello sexo mexicano,
Aceptad este canto que me inspira
Mi gran amor por el progreso humano.¹⁰

¹⁰ Dolores Correa Zapata, “Lira Multicolor”, *Mis Liras*.

Dos años más tarde, un reconocido colega del magisterio, la poesía y el amor por los libros, le solicitaría incluir éste y otros de sus poemas en un texto fundamental para la historia de las letras mexicanas. José María Vigil, escritor, bibliófilo y “devoto admirador de la mujer mexicana”,¹¹ se ocupaba entonces de realizar el encargo solicitado por doña Carmen Romero Rubio de Díaz —esposa del Presidente de la República—, y que consistía en la confección de la primera gran recopilación de la escritura femenina nacional: la *Antología de Poetisas Mexicanas*.¹²

Esta obra fue presentada en la Exposición Internacional de Chicago de 1892 y se publicó al año siguiente. Tres fueron los poemas de Dolores que en ella se incluyeron: *A Teapa*, *Pinceladas* y *Las Dos Liras*. Uno de los que más elogios merecieron fue precisamente el inspirado en su terruño natal:

¡Qué encanto tiene siempre para el alma
el pueblo ó el lugar do se nació!...
Afectos que se avivan en el alma,
Imágenes que evoca el corazón:
El rostro del antiguo conocido
Que deslizarse nuestra infancia vio;
Las sinceras caricias de nuestra aya
Que nos aguarda con materno amor;
La pequeña casita do nacimos,
El templo, el panteón...¹³

Vigil no había exagerado al afirmar que la *Antología* era una evidencia irrefutable de que la capacidad intelectual y creativa no era exclusiva de los varones. A raíz de su publicación, la actividad poética de las mexicanas comenzó a figurar en diversas antologías de la poesía producida en Hispanoamérica, como la del escritor peruano Carlos G.

¹¹ Gabriel Agraz García de Alba, *Biobibliografía General de don José María Vigil*, México, UNAM, 1981, p. 16. Cit. por Evelia Trejo, “José María Vigil. Una aproximación al «Santo Laico»”, México, UNAM, 2001, pp. 13-14 (manuscrito).

¹² José María Vigil, *Antología de Poetisas Mexicanas. Siglos XVI, XVII, XVIII y XIX*, México, UNAM, 1893.

¹³ Dolores Correa Zapata, “A Teapa”, en José María Vigil, *op. cit.*

Amézaga: *Poetas Mexicanos*, en cuyas páginas quedó registrada la obra de Dolores.¹⁴

Pero regresemos al ámbito magisterial, su labor en la Escuela de Instrucción Primaria se prolongó hasta 1896, año en que asumió la cátedra de *Economía Doméstica* en la Normal para Profesoras. A través de esta área de estudio, Dolores inauguró una serie de asignaturas: Instrucción Cívica, Moral, y Lecciones de Cosas, pero sobre todo, innovó la perspectiva de sus contenidos y fue pionera en la elaboración de textos especialmente escritos para servir de lectura básica en dichos cursos.

El resultado tuvo tal éxito que aquellos libros, cuya impresión inicial fue cubierta por Dolores misma, se convirtieron en textos oficiales de las escuelas primarias para niñas de la Ciudad de México y diversos estados de la República, así como de las escuelas nocturnas para adultos y las llamadas de Artes y Oficios. Y es que, la verdad sea dicha, aquellos textos fueron toda una novedad. Pensados casi en exclusiva para una lectora femenina y redactados en un lenguaje accesible y ameno, ocuparon un papel semejante al que durante muchos años tuvieron los famosos “manuales femeninos”, pequeños libritos que a lo largo de todo el siglo XIX —en especial durante sus primeros 50 años— difundieron ampliamente aquellas ideas y normas de comportamiento consideradas propias de lo femenino. Sin embargo, el contenido de estos libros difería en mucho al de aquellos viejos manuales. El siguiente fragmento de *La Mujer en el Hogar*, uno de los que más circularon entre la población estudiantil ya señalada, es una pequeña muestra de las ideas plasmadas por la pluma de Dolores Correa:

De naturaleza delicada, porque fuerte y robusta parece un tipo vulgar; de carácter humilde, dulce y débil, para que no impere en el hogar más voluntad que la del esposo, y sobre todo, que no sea sabionda, porque la ciencia vuelve a la mujer orgullosa y la descom-

¹⁴ Carlos G. Amézaga, *Poetas mexicanos*, Buenos Aires, Imprenta de E. Coni e Hijos, 1896 (cit. por Lilia Granillo Vázquez en su tesis doctoral *Escribir como mujer entre hombres, poesía femenina mexicana del siglo XIX*, UNAM, México, 2000, pp. 187-188).

pone, lo que más importa es que sepa las labores propias de su sexo [...] Da gusto verla con la cabeza inclinada y los ojos bajos; cuando habla es para decirle a su marido: "Como tú quieras, lo que tú mandes". Y qué sencilla en su conversación; sólo se le oye hablar de su canario, de su gatito y de sus flores. Pero sobre todo, qué manos tan primorosas, ¡esa criatura es una hada!

Todo esto significa que la niña está flaca y pálida, porque está anémica por indolencia, o quién sabe si es indolente por anémica. Que aprueba todas las ideas de su marido porque no tiene ideas propias; que no hace su propia voluntad porque es incapaz de tenerla. Que habla del canario y del gato, porque si no fuera eso, no podría hablar de otra cosa. Y que en vez de desarrollar su inteligencia, le hicieron perder el tiempo miserablemente haciéndole aprender a respuntar camisas; y que sabe hacer tejidos de crochet, randitas y deshilados...

Cuántas veces el marido protesta amargamente contra la mujer, cuya educación la constituye en el mueble más inservible de la casa.¹⁵

Indudablemente Dolores acertó al idear aquellos textos como una herramienta didáctica, y al mismo tiempo, fue protagonista de un hecho inusitado hasta entonces en la producción escrita por una pluma femenina nacional, ya que gran parte de estos libros llegaron a ser reeditados hasta diez veces. El éxito de su propuesta no pasó desapercibido por las autoridades educativas, quienes en 1899 la comisionaron oficialmente para visitar diversas instituciones de educación femenina en Berlín (seguramente los Liceos de Enseñanza Secundaria para Niñas inauguradas desde 1872), y evaluar qué elementos de aquél modelo educativo podían ser retomados en México.

Aun cuando lamentablemente no se cuenta con los informes que Dolores debió elaborar a su regreso de Alemania, ni con ningún otro registro que dé cuenta de sus vivencias durante aquel viaje, es seguro que ésta fue otra de las experiencias cruciales en su vida. No sólo representó un merecido reconocimiento a su labor magisterial, más aún, el contacto con la realidad europea debió acercarla también a las nuevas ideas y luchas que en pro del acceso femenino a la educación superior

¹⁵ "El tipo ideal de mujer a principios del siglo XIX", en Dolores Correa Zapata, *La Mujer en el Hogar. Nociones de economía doméstica y deberes de la Mujer*, Imprenta de Eduardo Dublán, México, 1898, pp. 1-2.

revoloteaban con fuerza en el Viejo continente. En otras palabras, aquel viaje debió asemejarse a una inyección de energía en el cuerpo, la mente y el alma de aquella mujer que, de seguro, aprovechó también para allegarse de las últimas novedades literarias producidas en España, Francia y quizá Inglaterra.

Al regresar de Europa le fue comisionado el dictamen del antiguo y prestigiado Colegio de la Paz —mejor conocido como de las Vizcaínas—, institución a la que finalmente se integraría como inspectora en 1906. No obstante, y aún cuando su tarea en el magisterio continuó ininterrumpidamente, los años inmediatos a su retorno estuvieron marcados por una intensificación en su quehacer como poeta y escritora. Durante los primeros años del nuevo siglo, Dolores colaboró estrechamente con diversas publicaciones periódicas de la Ciudad de México y algunos estados de la república como Veracruz, Guadalajara y su tierra natal, Tabasco. Esta vez, sin embargo, el alcance de su labor intelectual fue aun más lejos.

Hacia 1902, y al lado de distinguidos pensadores del momento, como Porfirio Parra, Dolores preside la sociedad Ignacio Ramírez, y dos años más tarde se suma a una empresa cultural clave para la historia de las letras femeninas y de las mujeres en México: *La Mujer Mexicana*.

Esta publicación, cuya circulación mensual se mantuvo hasta 1907, tuvo como primera directora a la mismísima Dolores Correa Zapata.¹⁶ La importancia de esta revista se manifestó no sólo en el papel que se impuso como difusora de la producción literaria de las mexicanas, misión que sus redactoras establecieron al anunciar la revista como “única en su género consagrada a la noble causa de la ilustración de la mujer mexicana [con] artículos [...] netamente originales, escritos por profesoras y personalidades femeninas de valer... [que] abrazan ciencias, estudios sociales y

¹⁶ La dirección editorial de *La Mujer Mexicana*, estuvo consecutivamente a cargo de Dolores Correa, Laura Méndez de Cuenca y Mateana Murguía de Aveleyra. La administración fue tarea de Luz Fernández Vda. de Herrera.

literatura amena”.¹⁷ Más aún porque nacía como parte de una intención no consolidada hasta entonces y cuya expresión fue la conformación de la primera agrupación de mujeres en México, La Sociedad Protectora de la Mujer, que se propuso promover la igualdad de oportunidades para las mexicanas en diversos ámbitos sociales, y muy especialmente en el del su acceso a la educación.

Es tan noble y santo el asunto que nos ha reunido aquí: unir las fuerzas intelectuales de las mujeres mexicanas y hacer surgir en nuestra patria, en la evolución asombrosa del presente siglo, la tea encendida de la confraternidad femenina... La mujer antes era relegada sólo a la vida del hogar, ahogadas sus energías, desconocidas sus aptitudes, sin más porvenir que el matrimonio, sin más horizontes que la línea infranqueable de su inutilidad. La mujer que ha sido educada bajo estos principios ha visto arrastrar una vida miserable de dependencia... Para conseguir nosotras con éxito seguro una emancipación racional y justa, sin que abandonemos las faenas del hogar —nido de nuestras alegrías— necesitamos asociarnos, formar una colectividad en donde las mujeres hallemos enseñanzas y nos apoyemos mutuamente... formad una asociación que ampare y defienda los derechos de la mujer en México, que la haga más respetable y respetada, al mismo tiempo que le dé ocasión para que su talento se revele.¹⁸

Al igual que Dolores, gran parte de las mujeres que se congregaron en torno a este proyecto compartían una experiencia común: el acceso al conocimiento y la palabra escrita habían sido las llaves mágicas en la búsqueda de nuevos mundos y horizontes de vida. Todas ellas guardaban alguna conexión, añeja o reciente, con diversos círculos literarios, educativos e intelectuales; algunas eran incluso pioneras en la incursión de las llamadas profesiones liberales —vedadas entonces a las mujeres— como la abogacía y la medicina.¹⁹

¹⁷ Anuncio publicitario permanente de *La Mujer Mexicana*.

¹⁸ Laura S. de Bolaños Torres, "Realidades" (alocución pronunciada en la primera sesión de La Sociedad Protectora de la Mujer, el 14 de febrero de 1904) en *La mujer mexicana*, tomo I., no. 3, 1904.

¹⁹ Entre sus principales colaboradoras se encontraban escritoras como Dolores Roa Bárcena de Camarillo, María Enriqueta Camarillo de Pereyra, Dolores Jiménez y Muro, las médicas Matilde Montoya, Columba Rivera y Antonia Ursúa, así como la abogada Victoria Sandoval de Zarco.

Así, al lado de muchas de sus antiguas amigas y compañeras de profesión, Dolores se entregó una vez más a la realización de este proyecto, en cuyo corazón palpitaba uno de sus más viejos anhelos y una ferviente convicción:

Hacer que desaparezcan del pueblo la ignorancia, el vicio y la miseria, contribuir al perfeccionamiento de la humanidad, al enaltecimiento de la educación nacional, es lo que constituye hoy los ideales de la mujer mexicana.²⁰

Aquella aventura debió haber sido tan gratificante como agotadora. Imaginemos por un momento el tiempo y la actividad que requería la confección semanal de la revista. Planear cada número, redactar la editorial o presentación inicial, reunir las colaboraciones y notas de los acontecimientos internacionales que se reportaban como testimonio de los progresos alcanzados por las mujeres en el mundo, vigilar el buen curso de la impresión, supervisar la distribución de la revista en librerías, estancillos y demás sitios de venta, e incluso el reparto de las suscripciones. Punto y aparte eran también las actividades de la asociación femenina filial, cuyo núcleo central estaba formado precisamente por el equipo editor de la publicación.

Sin duda aquellos fueron tiempos de intensa labor. Probablemente demasiado para una mujer de más de cincuenta años que además de dirigir aquella revista, impartía cátedra en la Normal de Profesoras, elaboraba textos didácticos y, por si fuera poco, todavía se daba tiempo para escribir poesía. Aun cuando no existe evidencia concreta, es probable que el exceso de trabajo contribuyera al embate que sufrió su salud y la separó de la dirección de *La Mujer Mexicana* –cargo en el que se mantuvo por 7 meses—.²¹ Lo cierto es que fue entonces cuando decidió realizar el primer y único viaje que la llevó de nuevo a Tabasco.

²⁰ Dolores Correa Zapata, *Nociones de Instrucción Cívica y derecho casual*. 7ª. ed., Librería de la viuda de Ch. Bouret, México, 1907, pág. 36.

²¹ En algunos textos se insinúa que un fuerte cansancio desmejoró su salud en aquellos años, no se identifica alguna enfermedad en particular pero sí que en 1905 sufrió un ataque de parálisis que la

...el ya desaparecido vapor tabasqueño la condujo del puerto de Veracruz al de Frontera; sorprendido el barco por un temporal, estuvo a punto de zozobrar; por espacio de tres días se ignoró su paradero; el pueblo todo de San Juan Bautista estuvo con este motivo también en zozobra, y cuando, al fin, el buque entró en puerto y llegó sano y salvo a la capital de Tabasco, la sociedad entera lo esperó en los muelles, llena de emoción, para dar la bienvenida a la ilustre viajera.²²

La emoción de toda aquella muchedumbre no pudo ser mayor a la de Dolores quien, a diferencia del tango gardeliano, de seguro sintió que veinte años lejos de su tierra natal sí era toda una vida. Pero el regreso a Tabasco no fue sólo un momento de reposo y restablecimiento físico, sino también un simbólico preámbulo del reencuentro con uno de sus principales lazos afectivos: Alberto. Como si el destino les concediera la oportunidad de revivir viejos tiempos, los hermanos se reunieron meses después en la Ciudad de México para trabajar juntos en un ambicioso proyecto que vinculaba a todas las Escuelas Normales del país, y que Alberto implementara a raíz de su nombramiento como director de la Escuela de Enseñanza Normal en 1904.

Por desgracia, la conclusión de esta aventura era un episodio que no les estaba dado compartir. La muerte sorprendió inesperadamente a Alberto en 1909, lo que representó un duro golpe para la familia Correa Zapata y una terrible pérdida para Dolores. El inmenso dolor de enterrar a quien fuera no sólo su hermano predilecto, sino su mejor compañero de juegos infantiles y sueños de futuro, la enfrascó en un duelo casi imperceptible de frenética actividad. Además de continuar con sus labores docentes, Dolores se aplicó en la redacción de diversos textos que, por un lado, formaban parte del proyecto dejado inconcluso por Alberto, y por

mantuvo casi inmovilizada. Véase Laureana Wright, *Mujeres Notables Mexicanas*, op.cit., y *Maestros distinguidos de México*, Secretaría de Educación Pública, México, 1969.

²² Rafael Domínguez, *Tierra Mía*, Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco, México, 1980, pp. 292-93.

otro, retrataban aspectos propios de su ya larga experiencia en el magisterio.

Con sorprendente rapidez Lola puso punto final a las *Conferencias sobre las escuelas normales de la República*,²³ así como a un emotivo y casi autobiográfico libro: *Vida humilde; o Memorias de una maestra*. En ambos textos, dedicados a la memoria de Alberto, la maestra Correa Zapata dejó constancia de la inspiración clave que había nutrido su febril actividad.

No obstante, como si despertara yo de un largo sueño, me parece escuchar una voz, un mandato que reprochando la inercia en que se hunde mi espíritu viene a repetirme, “escribe para los humildes”. La vida es corta, pero mientras pasa hay que utilizarla, trabaja y he aquí que como un beodo que se levanta de su letárgico sueño intento dar principio a mi trabajo, lo procuro, lo emprendo.²⁴

La brevedad de la vida cobraría forma una vez más en los inesperados vientos del cambio. La primera década del siglo xx culminó sorpresivamente con el inicio de una cruenta revolución civil en el país que, entre otras cosas, casi paralizó por completo las labores educativas. No existe rastro de que Dolores participara en alguno de los grupos políticos contendientes, como lo hicieron algunas de sus amigas y antiguas compañeras de letras, entre ellas Elisa Acuña y Rossete o Dolores Jiménez y Muro. Pero sí son muchas las huellas de la intensa actividad intelectual y creativa que a través de la escritura mantuvo durante aquellos largos y difíciles años: *El espíritu del pueblo mexicano, De la Escuela primaria a la Normal, La combustión, El cinco de febrero, El programa y el niño, La obra del Sr. Rebsamen, La Federación y la escuela, La obra mexicana, Literatura nacional contemporánea, El desayuno de la obrera Luz, El trabajo, El obrero Mexicano, La Guerra y la Paz, Palabras dirigidas a los obreros de Zequipa*.²⁵

²³ Dolores Correa Zapata, *Conferencias sobre las escuelas normales de la República. Trabajos iniciados por Alberto Correa en el año de 1908 y publicados por Dolores Correa Z.*, Imprenta de Carlos Luteróth, México, 1911.

²⁴ Dolores Correa Zapata, *Vida humilde o Memorias de una maestra. Obra escrita para servir de lectura en las escuelas nocturnas de obreras*, Imprenta de Carlos Luteróth, México, 1910.

²⁵ En relación a estas obras véase *Maestros distinguidos de México, op.cit.*

Así, mientras el país se debatía en luchas intestinas y concertaciones políticas, ella mantuvo su brújula en la ruta que daba claro sentido a su vida: la escritura. Hacia 1914, momento en que su obra poética estaba más que inscrita en la historia de la producción literaria de las mexicanas, Lola concluyó el último de sus romances impresos: *Mis Liras*.²⁶ Tenía más de sesenta años, pero era la misma de mucho tiempo atrás: viva, mordaz, apasionada; acaso una rara nostalgia se asomaba por primera vez, o quizá la conciencia de que aquellos poemas podrían ser también una despedida a la tinta y el papel. Tal vez por ello dedicó esas páginas a sus únicos herederos de sangre, sus “queridos sobrinos”:

Si Dios me hubiera conservado mis fuerzas, seguramente habría yo terminado mi existencia como la comencé: de maestra de escuela; pero ya que por mi enfermedad no puedo trabajar en lo único que he podido servir; mi incorregible espíritu de acción me impulsa a coleccionar para ustedes estos versos que el público desdeñará porque están incorrectos, pero que ustedes recibirán con gusto porque es el único legado que les deja su tía.

Lola.²⁷

Nadie como ella pudo haber nombrado mejor su espíritu, inevitablemente ágil, profundo y siempre lejos del reposo. Es difícil saber si fue esa “incorregible” pasión por la libertad lo que marcó también su empedernida soltería, o si tal vez su entrega al magisterio y la escritura le colmaron de una felicidad que le resultaba completa y suficiente. Pero no se crea que todo fue delirio por las letras, aun cuando desconocemos la identidad de quién o quiénes llegaron a provocarle desvelos, goces y arrebatos, también su puño y letra suscribió el testimonio de apasionados devaneos con Cupido.

¿Y por qué he de callar?

²⁶ Dolores Correa Zapata, *Mis Liras*, Poesías, La Prensa Nacional, México, 1914. En 1904, el periódico madrileño *La Unión Iberoamericana* publicó un importante artículo que registraba la presencia de las mujeres mexicanas en diferentes ámbitos de la vida cultural e intelectual, en él se incluía a Dolores como una de las más destacadas poetisas del país. Véase: Lilia Granillo Vázquez y Esther Hernández Palacios Mirón, “De Reinas del Hogar y de la Patria a escritoras profesionales: la edad de oro de las poetisas mexicanas”, México, 2001 (manuscrito).

²⁷ Dolores Correa Z., *Mis Liras*.

Si el mundo necio
 Que al silencio terrible me condena,
 Su desprecio me arroja, yo sin pena
 Le devuelvo desprecio por desprecio
 ¿Por qué no he de decir si te amo tanto,
 Lo que mi alma desea, lo que siente?
 ¿Si tu voz el misterioso encanto,
 Al tibio sol de tu mirada ardiente,
 Mi pobre corazón que adormecido
 En el letargo del dolor yacía,
 Sentí que de placer estremecido
 Palpitaba de amor y de alegría?
 Por eso enloquecida, delirante,
 Te repito yo te amo, yo te adoro,
 Tengo derecho para ser tu amante:
 Tú eres el ángel de mis sueños de oro.²⁸

No cabe duda, Dolores amó intensamente todo aquello que formó parte de su vida y su incansable búsqueda de sí misma. Quizá una imagen, de entre muchas otras, la retrata fielmente en ese eterno afán por encontrarse, la de la “maestra de banco” y “laboriosa sostenedora del adelanto femenino”,²⁹ cuya pluma hizo “gala de una pasión estrujante”.³⁰ Pero, una vez más, nadie como ella pudo expresar mejor la fuerza de su espíritu, que marchó a buscar nuevos mundos en la primavera de 1924, apenas cumplidos los 71 años. Un espíritu cuya inteligencia y sensibilidad tuvo siempre la preclara luminosidad de un cometa, un espíritu de mujer que supo dibujar un mundo diferente, propio, en cada paso, en cada palabra dicha por su voz y sus manos.

Con tu siglo, con tu alma y con la ciencia
 Luchar venciendo cual venciste altiva,
 Es cambiar por ti misma tu existencia
 De suave, perfumada sensitiva
 En astro de brillante refulgencia.³¹

²⁸ Dolores Correa Z., “Tu eres”, en *Mis Liras*.

²⁹ Laureana Wright, *Mujeres Notables Mexicanas*.

³⁰ Ricardo Covarrubias, *Mujeres de México*, Ayuntamiento de Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León, Monterrey, 1981, p. 200.

³¹ Dolores Correa Zapata, “La Mujer”, *La Mujer Mexicana*, tomo I, no. 11, noviembre de 1904.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvarado, Lourdes, *La educación "superior" femenina en el México del siglo XIX. Demanda social y reto gubernamental*, Tesis doctoral en Historia de México, UNAM, México, 2001.
- Correa Zapata, Dolores, *La Mujer científica, poema.*, Imprenta de Eduardo Dublán, México, 1886, 30 pp. (Fondo Hilario Medina).
- _____, *Conferencias sobre las escuelas normales de la República. Trabajos iniciados por Alberto Correa en el año de 1908 y publicados por Dolores Correa Z.*, Imprenta de Carlos Luterth, México, 1911, 81pp.
- _____, *Estelas y Bosquejos, poesías*, Imprenta de Eduardo Dublán, México, 1896, 109 pp.
- _____, *Mis Liras, poesías*, La Prensa Nacional, México, 1914, 191 pp.
- _____, *Vida humilde; o Memorias de una maestra... Obra escrita para servir de lectura en las escuelas nocturnas de obreras*, Imprenta de Carlos Luterth, México, 1910, 93 pp.
- _____, *Alboradas, poesías. "¿Para qué sirve la poesía?"*, Tipografía El Progreso Latino, México, 1908, 144 pp.
- _____, *La mujer en el hogar. Nociones de economía doméstica y deberes de la mujer*, Imprenta de Eduardo Dublán, México, 1898,
- _____, *Nociones de Instrucción Cívica y derecho casual*. 7ª. ed., Librería de la viuda de Ch. Bouret, México, 1907, 70 pp.
- Covarrubias, Ricardo, *Mujeres de México*, Ayuntamiento de Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León, Monterrey-México, 1981.
- Domínguez, Rafael, *Tierra Mía*, Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco, Tabasco-México, 1980.
- Granillo Vázquez, Lilia, *Escribir como mujer entre hombres, poesía femenina mexicana del siglo XIX*, Tesis doctoral en Letras Españolas, UNAM, México, 2000.
- Granillo Vázquez, Lilia y Esther Hernández Palacios Mirón, "De Reinas del Hogar y de la Patria a escritoras profesionales: la edad de oro de las poetisas mexicanas", México, 2001 (manuscrito).
- La Mujer Mexicana. Revista mensual consagrada a la evolución y perfeccionamiento de la mujer mexicana. Dirigida, redactada y sostenida sólo por Señoras y Señoritas*, Directora Srita. Profesora Dolores Correa Zapata, México, 1904-1907.
- Maestros distinguidos de México*, SEP, México, 1969, folleto no. 9.

- Trejo, Evelia, "José María Vigil. *Una aproximación al «Santo Laico»*", UNAM, México, 2001, (manuscrito).
- Vigil, José María, *Poetisas Mexicanas. Siglos XVI, XVII, XVIII y XIX* (facs. de la ed. orig. de 1893), UNAM, México, 1977.
- Violetas del Anáhuac. Periódico Literario redactado por Señoras*, Ciudad de México, 1887-1889. (*Las Hijas del Anáhuac* durante sus primeros ocho números; 1 diciembre 1887-enero 22 de 1888).
- Wright de Kleinhans, Laureana, *Mujeres Notables Mexicanas*, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, México, 1910.

LECTURAS ADICIONALES

- Bazant, Milada, *Historia de la educación durante el Porfiriato*, El Colegio de México, México, 1993.
- González Navarro, Moisés, *El porfiriato. La vida social. Vol. VII, Historia Moderna de México*, Editorial Hermes, México, 1970.
- Infante Vargas, Lucrecia, "Mujeres y amor en revistas femeninas de la ciudad de México (1883-1907)", tesis de maestría en Historia de México, UNAM, México, 2000.
- Matute, Álvaro, "Tabasco", *Eslabones. Revista semestral de estudios regionales.*, Instituto de Cultura de Campeche-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, núm. 5, enero-junio 1993.
- Romo López, Rosa María (coordinadora), *Historia General de Tabasco*, Gobierno del Estado de Tabasco-Secretaría de Educación, Villahermosa-México, 1994.
- Tovar Ramírez, Aurora, *Mil quinientas mujeres en nuestra conciencia colectiva, Catálogo biográfico de mujeres en México*, Documentación y estudios de Mujeres, México, 1996.
- Vázquez, Josefina (comp.), *La educación en la historia de México.*, El Colegio de México, México, 1992.